

De Sanctis (p. 726). Y alguna otra más insignificante. En el ardor creativo y al correr de la pluma, a la culta señora se le escapaban a veces italianismos insensatos (*fuelles deseos*, p. 345, sin duda *folli desideri* en su fuente de información), *trucidaban* (p. 364), e incluso lo que no es sino un crudo galleguismo (*pelo rizo*, p. 431) podría justificarse por una lectura y transcripción apresurada del original italiano (*capelli ricci*); para finalizar con un hipercultismo, *Panormo* que, del Renacimiento acá, es *Palermo* en toda tierra de cristianos (p. 467). No por cominería sino por deseo de una perfección nada inaccesible se ponen aquí de relieve estas pifias pues el libro, muy atractivo en su bonita presentación, se lee con gusto y ha de despertar interés en un amplio público. Por otra parte y aunque parezca secundario, como la simplificación y empobrecimiento del español actual ha arrinconado la riqueza de lenguaje de las clases cultas de hace un siglo, cabe preguntarse por la acogida que las nuevas generaciones le dispensarán, si no tendrán que acercarse a él diccionario en mano. ¡Acíago destino de los clásicos!

En conclusión: dejando aparte lo datado y lo ingenuo que pueda haber en esta obra primeriza, merece destacarse la valentía con que la novel escritora irrumpe en el espacio público cultural en un momento particular de la España de la Restauración, cuando el espíritu liberal de la época se enfrentaba con más aspereza a la coalición Estado-Iglesia y buena parte de la intelectualidad española mostraba su rechazo a intransigencias dogmáticas. A la escritora –muy sensibilizada a todo ello por su relación con el ambiente krausista– no se le pasa por las mientes oponerse a la disyuntiva planteada desde el *Syllabus*– o catolicismo o vida moderna –ni, menos aún, renunciar a participar apasionadamente en ambos terrenos. Muy al contrario, tanto es así que tercia a su manera en la contienda con esta monografía que parece dar voz a un difundido afán de concordia. Y en el símbolo que elige podían reconocerse los más acérrimos adversarios: Francisco, el innovador sumiso, que al aniquilarse a sí mismo renueva y vigoriza el mensaje cristiano, marchitado ya en sus días tras un milenio de existencia. A buen entendedor ...

MARÍA ROSA SAURIN DE LA IGLESIA
UNIVERSITÀ DI URBINO

José María de Pereda. *Pachín González*. Introducción, notas y texto fijado por Salvador García Castañeda. Santander. Ediciones Tantín. 2014, 205 páginas.

El 20 de febrero de 1895 se puso a la venta en las principales librerías de Madrid la novela de José María de Pereda, *Pachín González*. Casi ciento veinte años más tarde se ha publicado en Santander la última edición de este relato a cargo del catedrático de la Ohio State University Salvador García Castañeda, un reputado especialista en la narrativa del escritor de Polanco que fue el encargado de estudiar, editar y anotar los cuatro primeros libros de artículos de costumbres del polanquino, *Escenas montaÑesas*, *Tipos y paisajes*, *Tipos trashumantes* y *Esbozos y rasguños* que constituirían los dos primeros volúmenes de las *Obras completas* del novelista editadas por Tantín y dirigidas por José Manuel González Herrán y Anthony H. Clarke. El escrupuloso rigor textual y los magníficos estudios sobre esos primeros textos peredianos se reiteraron en su edición de la obra dispersa de Pereda que García Castañeda recogió en los tres últimos tomos de las *Obras completas*, y que ocupa casi dos mil páginas en esos tres volúmenes de *Miscelánea*: más de 700 textos, de muy variadas modalidades: artículos de prensa (crónicas,

gacetillas, polémicas, manifiestos, críticas teatrales y musicales, artículos de costumbres, comentarios políticos y sociales..., poesías, letras de canciones, textos teatrales, cuentos, escenas de costumbres, diálogos humorísticos, discursos, ensayos, prólogos...).

Su dedicación perediana se ha concretado, además, en la publicación de varios artículos y de una monografía sobre los inicios de Pereda como escritor. Pocos críticos conocen como Salvador García la narrativa costumbrista del polanquino, y el ambiente cultural santanderino en el que esta se desarrolló. Ese conocimiento proviene de sus ávidas y provechosas lecturas de la prensa de la época, que tanta información le ha aportado en sus trabajos de investigación y en la edición de *Pachín* de la pretendo dar noticia en estas páginas.

Después de esta amplia trayectoria y del profundo conocimiento de la obra perediana al que acabo de hacer referencia, resulta una obviedad decir que esta edición de *Pachín González* es una interesantísima aportación bibliográfica, cuyos méritos glosaré a continuación.

El principal de ellos para el lector especializado es su interés ecdótico. En esta, como en otras ocasiones, la ecdótica nos ayuda a los filólogos a aportar nuevas interpretaciones o juicios sobre las obras literarias. El texto recogido por García Castañeda está basado en el manuscrito de esta novela que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid, que ha sido cotejado por este investigador con diversas ediciones de la obra. Como se indica en la nota editorial, este manuscrito es una primera redacción y contiene muchas adiciones, supresiones y tachaduras, que revelan el proceso creativo de Pereda y demuestran que la reiterada despreocupación por las correcciones de la que solía hacer gala el escritor de Polanco era únicamente una pose. El conocimiento y estudio de este manuscrito ha permitido obtener al profesor García Castañeda interesantes datos sobre el modo de escribir del polanquino y aporta algunas interpretaciones nuevas sobre el relato. Pero además, el texto perediano va precedido de un clarificador prólogo de este investigador que constituye un interesante fresco de la vida cultural del Santander de esa época, un estudio preliminar en el que se explican los dos grandes ejes vertebradores del relato: la crónica del espantoso suceso del estallido del vapor Machichaco y la narración de Pachín, un jovenzuelo aldeano a punto de emprender el viaje a las Américas, y que decide desistir de la poderosa llamada de la emigración tras ser testigo de la catástrofe. Al análisis de esos dos aspectos y su plasmación en la obra dedica el autor del prólogo la mayor parte del mismo.

Las páginas que en el estudio preliminar se centran en explicar la relación del novelista con la catástrofe del Machichaco contienen también noticia detallada de los pormenores de ese terrible suceso, y diversa documentación, fundamentalmente periodística, pero también recopilada de libros ya clásicos sobre este tema como el del recientemente fallecido José Luis Casado, José Antonio Sarabia y Luis Sazatornil publicado en 1993 y titulado *La catástrofe del Machichaco*. Toda esta información se presenta unida a un profundo conocimiento de las circunstancias vitales de Pereda en el momento del estallido del barco, y de otros testimonios literarios y periodísticos que trataron este mismo asunto. Su pertinencia para comprender mejor la visión literaria que del suceso ofrece Pereda es indiscutible y es loable el acertadísimo ensamblaje que ha realizado entre la abundante información sobre el Machichaco consultada y la obra del polanquino.

En lo que se refiere al segundo elemento del relato, la historia del joven que sale de su aldea el día de los difuntos con destino a la ciudad donde pretende embarcar

para América, el estudio de García Castañeda pone de relieve, muy acertadamente a mi juicio, los tres temas centrales de la novelita: el viaje, los sueños y la búsqueda.

Estos temas y el tratamiento narrativo de los mismos así como los personajes, están subordinados a una tesis que el novelista de Polanco reitera una vez más, en este caso al final de su carrera literaria. Esta tesis se resume en el título de uno de sus artículos costumbristas, "Suum cuique", cada uno a su lugar. Se trata en definitiva de la censura de la emigración que ya había manifestado desde sus inicios como escritor en el relato "A las Indias" (1864) y que repetiría en *Don Gonzalo González de la Gonzalera* presentando caricaturescamente al indiano que regresa rico habiendo cepillado la persona en los Estados Unidos, pero que resulta un guiñapo ridículo, con barrocos ropajes, juanetes en los pies y cabeza vacía al que manipulan los caciquillos liberales de la aldea. Una tesis que en este relato viene a corroborar el viejo tópico de Fray Antonio de Guevara del menosprecio de corte y alabanza de aldea que González Herrán considera definitorio de la narrativa de Pereda, pues si no tuviéramos en cuenta la inquina del novelista contra quienes abandonaban el terruño natal, no se entendería que un muchacho como Pachín, de cierta instrucción y con muchas posibilidades de conseguir una colocación digna en las Américas, desista de su propósito y regrese "al pobre rinconuco" de su lugar a majar terrones, como no podemos entender, sin tener en cuenta la superioridad de la aldea que Marcelo, el abogado madrileño que protagoniza *Peñas arriba* trueque la vida muelle en la capital por la dureza de la vida en Tablanca.

En el prólogo de esta edición pone de relieve García Castañeda la habilidad de Pereda para unir la escritura periodística que recoge lo correspondiente al desastre del barco, con la escritura literaria protagonizada por Pachín.

Esta introducción finaliza con tres anejos. El primero de ellos es un texto de Eduardo de Huidobro publicado en *El Diario Montañés* en el que se da cuenta de la primera lectura pública de la novela, un texto muy interesante que recoge entre otros aspectos el detalle del título inicial que iba a tener el relato, *Dies irae*, título que le sugirieron cambiar quienes asistieron a la lectura, entre ellos don Marcelino Menéndez Pelayo. El segundo anejo recoge un panteón conmemorativo de las víctimas de las explosiones, una de tantas manifestaciones de todo tipo en las que se daba cuenta del suceso, y el tercero de los anejos recopila dos romances que versificaban los espantosos hechos que tuvieron lugar aquel funesto 3 de noviembre de 1893, una tragedia colectiva que sacó a Pereda del abatimiento por el suicidio de su hijo primogénito, acaecido poco tiempo antes.

En definitiva, García Castañeda ha sabido aunar en esta como en otras ediciones que ha realizado, el rigor de los abundantes datos recogidos de la prensa local y del mundo literario de Pereda que tan bien conoce, con la prosa fluida y amena a que tan acostumbrados nos tiene. Su estudio muestra un hábil manejo de las fuentes: libros sobre el estallido del Machichaco, prensa, epistolario perediano, obras de este escritor... y presenta además datos y elementos textuales que permiten ofrecer una nueva interpretación de esta novelita.

Vayan mis últimas reflexiones para el propio libro como objeto. Las abundantes ilustraciones, el cuidado de la edición y la portada y contraportada, en la que aparece uno de los grabados de *La Ilustración española y americana* que dieron cuenta de la catástrofe, son dignos de elogio.

Esta novela, según indicó el propio Pereda en una carta prólogo a la edición del volumen XVII de sus *Obras completas* fue "uno de los libros que, al publicarse, más lectores me conquistó en menos tiempo...". Me gustaría que gracias al extraordinario trabajo del profesor García Castañeda, fuera aumentando el número de lectores que

se acerquen a estas páginas en las que el polanquino legó a la posteridad la historia de un muchacho testigo de una tragedia colectiva de imborrable huella en el alma y en la fisonomía de Santander.

RAQUEL GUTIÉRREZ SEBASTIÁN
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA

Alfonso Rey. *Lectura del Buscón*. Valladolid. Ediciones Universidad de Valladolid (Literatura. Colección Fastiginia, 10). 2014. 154 páginas a dos columnas.

Hace más de veinte años (desde el II Congreso de AISO en Salamanca y Valladolid en 1991, si bien recuerdo) que el quevedista Alfonso Rey se interesa por las diferentes etapas y la cronología de la redacción del *Buscón*. Es seguramente el investigador que conoce mejor el texto de las cuatro versiones existentes, de las que nos ofreció una edición crítica en 2007 (Madrid, CSIC). Para él, Quevedo intervino en estas cuatro versiones y la del ms. B (Ms. Bueno) es la última.

Hoy publica, en *Lectura del Buscón*, una síntesis muy bien construida de sus puntos de vista, en la que se procede por etapas, de manera muy pedagógica, a la vez modesta y exigente: «No propongo una clave interpretativa nueva, sino una atención demorada a todos los datos disponibles, una lección sencilla que trate de conciliar la historia cultural y la estructura literaria» (p. 17b).

Las etapas son once, estudiando las ocho primeras las circunstancias externas a la obra y siendo las tres últimas (IX-XI) un análisis intrínseco de la obra.

Se ocupa primero, largamente, de «I - El *Buscón* y sus intérpretes» (pp. 19-34), mostrando cómo existen fases en la interpretación de la obra, del siglo XVII a nuestros días, en relación con los países, los períodos, y afirmando que su lectura se apoyará en lo ya dicho por sus predecesores «a la vez que propondrá otras nuevas en diversos puntos» (p. 34).

Pasa luego a «II - Redacciones y fechas» (pp. 35-43), uno de los problemas actuales del estudio del *Buscón*, resumiendo aquí trabajos anteriores al presentar su hipótesis de que «Quevedo revisó tres veces el *Buscón* a lo largo de un dilatado período de tiempo» (pp. 35b-36a), frente a los que afirman que sólo hubo una redacción por Quevedo (ms. B), al principio del siglo XVII. Para A. Rey, la versión B es la última y es posterior a la edición de Zaragoza de 1626. En cuanto a la primera versión (S), «no hay datos para fechar[la]» (p. 42a).

A continuación, se detiene en «III - La edición de 1626» (pp. 45-52), avanzando «la posible intervención de Quevedo en la edición príncipe» (p. 45b), incluso en el prólogo al lector, apoyándose en «el detallado análisis estilístico llevado a cabo por Tobar Quintana [2010]» y porque le parece «la explicación más sencilla» (p. 52b). Personalmente, me molesta, al final del prólogo, la evocación de una mujer «carirredonda» de la que Dios habría de guardar al lector, porque sugiere una mujer gorda; en efecto, si a Quevedo no le gustan las flacas y las critica en toda su obra, sólo he encontrado dos ejemplos de gordas satirizadas: la mujer del carcelero del *Buscón* («Tenía una ballena por mujer») y unas mujeres del baile «Los Nadadores» («Ballenas gordiviejas», Bl. 871, v. 49) (Roig Miranda: 2003a). Las mujeres gordas no parecen pues, disgustarle a Quevedo y no entiendo por qué aconsejaría guardarse de ellas.

En «IV - La cautela de Quevedo» (pp. 53-57), intenta el autor demostrar que «la autocensura acompañó a Quevedo a lo largo del proceso redaccional del *Buscón*»